

VIDAS OCULTAS.

Introducción. Termina el ciclo litúrgico de la Navidad con la fiesta del bautismo del Señor. Pasamos de ver a Jesús hecho un bebé, a encontrarnos con un hombre adulto, libre, independiente, que se dirige decidido a desempeñar la misión de anunciar a todos los necesitados la salvación que Dios les brinda. En el bautismo, junto al río Jordán, se nos presenta de forma clara el rostro compasivo y misericordioso de nuestro Dios, que viene a sanar, a reconstruir, a devolver la vida, a quienes la habían perdido.

“Le entregaron el libro del profeta Isaías. Lo abrió y dio con el texto que dice: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha unguido para que dé la Buena Noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor. Lo cerró, se lo entregó al empleado y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Él empezó diciéndoles: Hoy, en presencia vuestra, se ha cumplido este pasaje de la Escritura.” Lc 4,17-21.

Siempre me ha llamado la atención, y me he preguntado en qué empleó el tiempo Jesús en esos 30 años. ¿Qué hizo? ¿Por qué no empezó antes de a predicar? ¿Qué tiene lo cotidiano, lo sencillo, lo rutinario, que a veces no lo valoramos? ¿Estamos llamados a vivir en la prisa, en la urgencia, en lo efímero, o por el contrario es necesario recuperar la calma y la paz que nos regala la verdadera dimensión de la vida? Porque sí que hemos aprendido a emocionarnos, a no poder dormir en la noche de Reyes Magos, a tener ese cosquilleo antes de comenzar un viaje, sabemos vivir con ilusión y con expectación lo novedoso, los días de fiesta, las jornadas de ocio y de descanso. Viajes, menús especiales, ropa elegante, conocer gente nueva, es un aliciente para nuestras vidas.

Pero lo cierto es que la mayoría de los días, en la misma proporción que la vida oculta de Jesús, (treinta de treinta y tres) son días en lo que no pasa nada extraordinario, días que transcurren con compañías conocidas, anodinas, repetitivos, rutinarios. Y sería una verdadera lástima que no supiéramos encontrar en lo cotidiano, en lo diario, el tesoro y lo valioso que esconden. Porque la mayor parte de nuestro tiempo lo invertimos en trabajar, en estudiar, en responsabilidades y en obligaciones. O asumimos internamente, y libremente la cotidianeidad, y disfrutamos de lo que hacemos, o nuestra falta de motivación por lo cotidiano, nos hará vivir el paso de tiempo como un aburrimiento, o cómo una pérdida del tiempo. *“Felicidad no es hacer lo que uno quiere, sino querer lo que uno hace”,* decía Jean Paul Sartre.

Lo que Dios nos dice. *“Todo tiene su tiempo y sazón, todas las tareas bajo el sol: tiempo de nacer, tiempo de morir; tiempo de plantar, tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar y tiempo de sanar; tiempo de destruir y tiempo de construir; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de hacer duelo y tiempo de bailar; tiempo de arrojar piedras y tiempo de recogerlas; tiempo de abrazar y tiempo de desprenderse; tiempo de buscar y tiempo de perder; tiempo de guardar y tiempo de desechar; tiempo de rasgar y tiempo de coser; tiempo de callar y tiempo de hablar; tiempo de amar y tiempo de odiar; tiempo de guerra y tiempo de paz. ¿Qué saca el obrero de sus fatigas? Observé todas las tareas que Dios encomendó a los hombres para afligirlos: todo lo hizo hermoso en su sazón y dio al hombre el mundo para que pensara; pero el hombre no abarca las obras que hizo Dios desde el principio hasta el fin. Y comprendí que el único bien para el hombre es alegrarse y pasarlo bien en la vida”. Ecle 3,1-12.*

Frente al amor exhibicionista que busca ser visto, deslumbrar, conseguir la admiración y ser reconocido, el amor de nuestro Dios tiene mucho de presencia callada, de vivir regalando y entregando lo mejor en cada momento, pero no realizado entre ruido y aplausos, sino entre la gratuidad y sinceridad de quien piensa más en el otro que en sí mismo. Esa es la gran cualidad del amor de nuestro Dios, que cuida, que espera, que acompaña, sin imponerse, sin forzar, sino en la espera confiada de que algún día despertaremos a tanto amor, y abriremos la puerta a su llamada.

“Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que promueva el derecho en las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pabito vacilante no lo apagará. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará, hasta implantar el derecho en la tierra, y su ley que esperan las islas”. Is 42,1-4.

Quien es fiel en lo poco, quien pone lo mejor de sí, cuando nadie le ve, puede ser fiel en lo mucho, en lo grande, en las responsabilidades más reconocibles. Porque la garantía de la madurez en el amor, es hacer las cosas lo mejor que se pueden, pensando en los demás, no en la recompensa o en los beneficios que a mí me reportan. El tiempo ordinario, los días que se repiten, las actividades y los lugares conocidos, las personas de siempre, se vuelve el escenario maravilloso para desplegar nuestra capacidad de amar. Y los días en que amamos nos dejan como fruto abundante la alegría y la paz en el corazón, y el descanso y la calma en el alma.

Cómo podemos vivirlo. Guardamos todos los adornos navideños. Recogemos el Belén y lo ponemos con cuidado en una caja. Lo que no podemos guardar ni olvidar, es que el Dios con nosotros, el «Emmanuel», ha venido a nuestras vidas y es la causa de nuestra alegría. No ha venido de visita, para pasar unos días y luego volver a dejarnos solos. Ha venido para quedarse y hacer de nuestra vida su morada. Ojalá que el fruto de las fiestas de Navidad haya sido reconciliarnos con lo sencillo, con lo pequeño, con lo cotidiano, porque es el lugar elegido por Dios para habitar entre nosotros.